

**CONFERENCIA DEL MAESTRO**  
**OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV**

**AMOR, SABIDURÍA, VERDAD**  
**(LA BOCA, LOS OÍDOS, LOS OJOS)**

**París, 5 de marzo de 1938**

---

Esta tarde, añadiré aún unas palabras sobre los ojos, los oídos y la boca. Pensaréis sin duda que ya os he hablado suficientemente de ello... Sí, pero hay todavía cosas interesantes que decir sobre estos diferentes órganos.

Cada día coméis pan, bebéis agua o vino, respiráis aire, y nunca estáis definitivamente hartos ni asqueados de todos estos alimentos. Aquí, yo soy un cocinero para vosotros: os he traído ya un alimento líquido para vuestra boca, un alimento aéreo para vuestros oídos, y finalmente un alimento etérico para vuestros ojos. Esta tarde... pues bien, esta tarde, el menú será una mezcla de alimentos líquidos, aéreos y etéricos. Sucesivamente os he revelado la letra A, la U y la M. Ahora vamos a unir estos sonidos para pronunciar la palabra Aum.

A es para vuestros ojos  
U es para vuestros oídos  
M es para vuestra boca

En una conferencia precedente os hablé de la frase: “Pedid y se os dará... Buscad y hallaréis... Llamad y se os abrirá”. Estas prescripciones parecen muy simples. Pedir, por ejemplo... ¿hay algo que no pidamos? Tenemos parientes, amigos, y para ellos reclamamos a Dios, al mundo invisible, a la naturaleza, a los ángeles, todo lo que somos capaces de imaginar. Pero he ahí que, a pesar de nuestra insistencia, no recibimos lo que hemos pedido, y entonces nos decepcionamos y concluimos que el mundo invisible es muy injusto con nosotros. ¡Cuántas veces hemos pedido así sin resultados! ¿Por qué? Sencillamente, porque no conocemos las leyes. Cuando queremos hacer una compra en un almacén, nos dirigimos al vendedor, es cierto, pero debemos también darle algo a cambio de todo lo que pedimos. Si no queremos pagar, se niega a darnos nada. En la naturaleza, en el mundo

invisible, todo ocurre como en los almacenes del plano físico. El mundo invisible os dice: «Dad vuestro corazón a Dios y Él os lo dará todo a cambio». Pero vosotros respondéis: «No puedo, ya lo he dado a otros... Tengo mujer, hijos, una adorable querida, y ya no tengo corazón para dar. Por eso vuestras oraciones nunca son atendidas. Siempre os imagináis que podréis obtener algo sin dar nada a cambio; es imposible. «Pedid y se os dará» implica, primero, un don vuestro. Debéis dar una parte de vuestra atención consciente, de vuestro tiempo, de vuestros esfuerzos cotidianos, de vuestros pensamientos, de vuestros sentimientos, y entonces, recibiréis...

«Buscad y hallaréis» ... Jesús dijo también: «Caminad mientras tengáis luz, a fin de que las tinieblas no os sorprendan: el que camina en las tinieblas no sabe adónde va». Hay que buscar, pues, mientras haya luz. Un gran número de sabios y de filósofos buscan a Dios sinceramente, pero lo hacen durante la noche. Quieren ver el sol, pero después del ocaso... De esta forma, ¿cómo le encontrarán? Después de algunas búsquedas, concluyen que no hay sol en la naturaleza; esta afirmación, dicen, está confirmada por cuarenta o cincuenta años de observaciones rigurosas, y en el momento de morir declaran: «No he encontrado el sol». Lo esencial de la cultura actual es una búsqueda llevada a cabo en la oscuridad. La vida de los hombres está dispuesta de forma que se desarrolle durante la noche. Pero hablo, sobre todo, desde el punto de vista simbólico. Si uno no ha encontrado el sol (es decir, el sentido de la vida) a lo largo de numerosos años, ello significa que lleva una existencia nocturna y que se acuesta en el momento de su salida para no verlo.

«Llamad y se os abrirá». Este precepto está relacionado con los oídos. Conocéis la estructura del oído. Los sonidos entran por el canal auditivo y se propagan a través del tímpano y de los huesecillos hasta el oído interno. Si la frecuencia del sonido es demasiado débil (infrasonidos) o si es demasiado elevada (ultrasonidos), no oímos nada.

Os quiero hacer comprender hasta qué punto todo en la naturaleza está creado de manera extraordinaria. El órgano de Corti está construido como una serie de cuerdas de diferentes longitudes, cada una de las cuales vibra en resonancia con las ondas que son de la misma frecuencia vibratoria. Por todas partes en el universo, cada ser, cada objeto, entra en resonancia con las vibraciones de naturaleza idéntica a las nuestras. Por eso, si emitimos ondas de baja frecuencia, las recibimos de baja frecuencia. Si queremos que Dios nos oiga, debemos emitir ondas de frecuencia muy elevada, es decir, tener pensamientos y sentimientos puros, nobles y desinteresados. Si emitimos

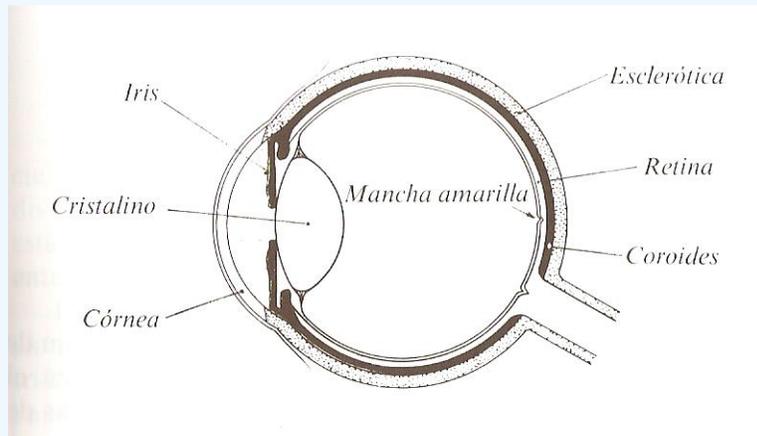
sentimientos tales como odio, celos, cólera, son otros seres, y no Dios, los que nos oyen, y recibimos sus comunicaciones como respuesta.

Con frecuencia me han dicho: «He pedido al mundo invisible, pero no me ha dado ningún resultado». O bien: «He rogado al Señor, pero no sé si me responderá». Dicho de otra forma: «He llamado, pero ignoro si me abrirán». Entonces yo hago la pregunta: «Pero ¿qué habéis pedido?» Uno me responde: riqueza, otro: gloria, o una bonita mujer, etc. Entonces, evidentemente, en estos casos, esperaréis mucho tiempo antes de obtener satisfacción, porque la administración de arriba recibe innumerables peticiones de este género, está atestada, sobrecargada, y no puede satisfacerlas pronto.

Todo el mundo reclama dinero, mujeres, poder, un lugar privilegiado en el mundo... Quizá debáis esperar a una próxima reencarnación para obtener lo que habéis reclamado de esta forma. Entonces, diréis, ¿qué hay que pedir? «Pedid y llamad para obtener lo que nadie busca.» Todos se pelean por adquirir los mismos bienes mundanos; todos se precipitan sobre cada cosa apetecible que ven, y el mundo invisible se encuentra desbordado por toda esta codicia. Lo que aquí digo es, evidentemente, simbólico porque, pidáis lo que pidáis, el mundo invisible puede siempre dároslo inmediatamente si le parece bien. Pero, de todos modos, en vez de pedir siempre satisfacciones materiales, os aconsejo que pidáis la luz, el amor, la sabiduría, que os permitirán ayudar a vuestros amigos, mejorarles, salvarles; pedid la energía de hacer la voluntad de Dios, pedid la venida sobre la tierra de su reino de paz, de amor y de vida eterna... Como los ruegos de este tipo son extremadamente raros, el mundo invisible dirá: «He ahí un ser que no se parece a los demás, ocupémonos de él primero, démosle satisfacción». Mientras que a las otras peticiones el mundo invisible responde: «Paciencia, veremos eso más tarde».

A veces sucede, naturalmente, que vuestros ruegos son atendidos con rapidez, pero es, con frecuencia, para vuestra desgracia. Suponed que deseéis una mujer muy bonita y que os sea concedida; ya no podréis vivir tranquilos porque esta mujer hermosa será como un jardín lleno de flores encantadoras cuyo perfume muchos querrán ir a respirar. Además, si esta mujer hermosa es superficial y frívola, y si vosotros mismos sois débiles, celosos y suspicaces, podéis imaginar en qué complicaciones os vais a encontrar. Vuestra encantadora mujer querrá hacer alarde de su belleza para satisfacer su vanidad, y ello será el principio de la catástrofe, la entrada en el infierno; pagaréis muy cara la poca alegría que os haya traído. No tengo nada en contra de las mujeres

bonitas, creedme, son un adorno en la vida, y, por tanto, muy necesarias; la belleza es un atributo del mismo Creador. Las mujeres hermosas han inspirado a los pintores, a los escultores, a los poetas, a los músicos... Lo que es triste es que la mayoría de las veces la gente se lanza sobre la belleza para devorarla en vez de contemplada a distancia, de manera que, así, al cabo de algún tiempo ya no queda nada.



El que quiera obtener rápidamente lo que reclama debe pedir su propia libertad y la de los demás. Cuando alguien llama con insistencia y exageración para obtener sólo satisfacciones materiales, el mundo invisible se inquieta y piensa: «He ahí a un hijo poco razonable que ciertamente llorará más tarde, porque ignora las consecuencias de lo que pide», y procura no satisfacer de inmediato. El que quiera obtener rápidamente lo que reclama debe pedir su propia libertad y la de los demás.

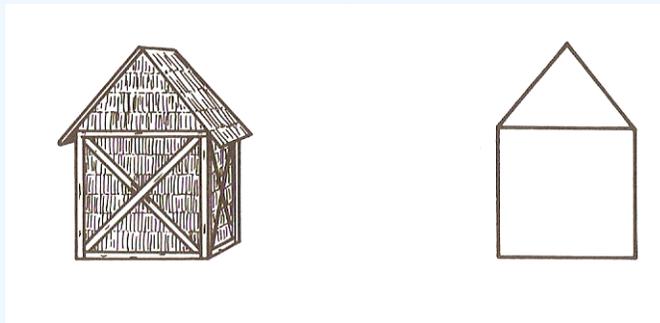
Quisiera ahora hablaros de los ojos, de los oídos y de la boca desde otro punto de vista.

Ocupémonos primero del ojo. Sabéis que el ojo es un órgano casi esférico y ligeramente abombado por delante; está formado por tres membranas: la esclerótica, prolongada hacia adelante por la córnea; la coroides, que en la parte de delante forma el iris; y la retina, cuyo fondo representa un punto, la mancha amarilla, en el que se forman las imágenes. Estas tres membranas representan los tres mundos: físico, astral y mental. Lo que nos interesa, de momento, son las células sensoriales de la retina que registran las sensaciones luminosas: los conos y los bastoncitos.

Los bastoncitos son sensibles solamente a la intensidad de los rayos luminosos, mientras que los conos son sensibles a los colores. Se ha observado que los pájaros nocturnos (los búhos, las lechuzas), no tienen conos en la retina sino sólo bastoncitos. Al búho le gusta mucho vivir en las casas

abandonadas o en ruinas, donde se esconde bajo las vigas de los techos. El búho está bajo la influencia de Saturno, y se encuentran en su carácter las malas cualidades de este planeta. Al búho no le gustan las luciérnagas, que brillan en la hierba las noches de verano, y las persigue...

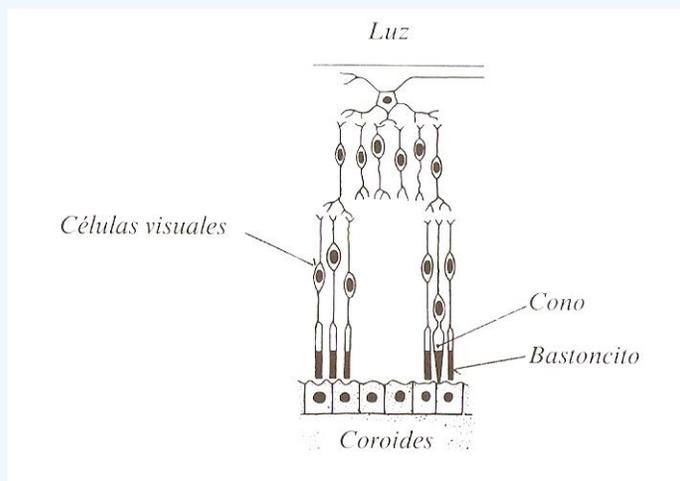
Cristo decía: «¿Por qué miras la paja que hay en el ojo de tu hermano y no te das cuenta de la viga que hay en el tuyo?», es decir, «¿Por qué te fijas en las pequeñas faltas de



los demás y no ves las tuyas que son enormes?» El que vive en la oscuridad sólo tiene bastoncitos (vigas) en los ojos y no ve los colores. Ahora bien, si miramos a la naturaleza sin ver los colores, no podemos comprender su belleza ni su sentido.

Los bastoncitos representan a los que viven en la oscuridad, que procuran siempre criticar a los demás, destruirles; mientras que los conos representan a los que viven en la luz y en el amor según las leyes divinas.

Sabéis cómo, antaño, y aún ahora, se construían las cabañas: algunas vigas colocadas horizontalmente y verticalmente, y paja. La paja, es lo que queda del trigo después de la siega, la parte que se tira. El trigo representa, pues, las virtudes, y la paja los pequeños pecados que debemos rechazar. En cuanto a las vigas, son los pecados capitales.



Esquemáticamente, la casa está hecha de un triángulo (el techo), y de un cuadrado (el cuerpo de la casa).

He ahí los dos símbolos del espíritu y de la materia, del cielo y de la tierra, ya que el 3 es el número de los principios divinos, y el 4 el de los cuatro

estados de la materia. El techo está arriba, las paredes abajo; la casa representa al hombre entero, el 3 unido al 4, el 7.

La sección vertical del cono da un triángulo; una viga seccionada transversalmente da un cuadrado. El cuadrado y el triángulo son los símbolos de las dos doctrinas que se oponen continuamente en el mundo: la doctrina del espíritu y la doctrina de la materia, la doctrina del amor, de la sabiduría, de la verdad, y la doctrina del egoísmo, de la dureza, de la violencia. Todos los que quieren imponerse a los demás por razones egoístas, personales, siguen la doctrina de la violencia, la doctrina de las vigas. Al contrario, los que quieren iluminar, calentar, curar, liberar y llevar a las almas hacia la fuente de la vida, siguen la doctrina de los conos. Estas dos doctrinas de los bastoncitos y de los conos existen desde la creación del mundo, están inscritas en la naturaleza. Desgraciadamente, los hombres no profundizan en las lecciones que la naturaleza les da cada día, por todas partes, con las cosas más insignificantes.

Jesús sabía perfectamente que estaba rodeado de gente que se servía de los bastones, de las vigas. Eran los fariseos, los saduceos, los escribas, que querían matarle mediante las fuerzas terrestres. Cuando quisieron crucificarle, dijeron: «Puesto que pretendes ser el Hijo de Dios, veremos lo que harás sobre estas dos vigas en las que te vamos a poner». Y lo crucificaron sobre dos vigas que formaban una cruz. Y Cristo les respondió: «Sois sabios, conocéis la Cábala, y os servís del número 4 que es el número de la justicia. Si sois justos, todo está bien, pero si la ley encuentra que no sois justos, debéis saber lo que os espera». Un símbolo trabaja en los tres mundos, y el que no es justo en el mundo del pensamiento, sufrirá en el mundo de los sentimientos y estará prisionero en el plano físico. Tomemos el número 4 en los tres mundos:

En el mundo causal símbolo de Júpiter.

En el mundo astral (las dos corrientes contrarias).

En el mundo físico símbolo cuadrado.

4 es el número de Júpiter que se encuentra en la séfira Hesed, donde el Arcángel Tsadkiel (de Tsedek: justicia, y El: Dios), reina sobre la orden de los Hachmalim. Por eso los hombres nacidos bajo la influencia de Júpiter son, a menudo, jueces.

Los fariseos no comprendieron las palabras de Jesús, pero más tarde, después de que Jesús fuera crucificado, lo que él había predicho se cumplió:

cuando el emperador romano Tito llegó y destruyó Jerusalén, hizo crucificar a los jefes judíos. Cristo les había dicho: «Trabajáis con la violencia, con las vigas, y sufriréis las consecuencias». Todo se realizó como había predicho.

Ocupémonos ahora de los conos. Ya os dije que las longitudes de onda de las vibraciones luminosas forman una sucesión continua, yendo de las frecuencias de vibraciones menos elevadas (el rojo), y aún menos elevadas (infrarrojo), a las frecuencias de vibraciones más elevadas (el violeta), y aún más elevadas (ultravioleta), que se puede representar por un cono (ver conferencia «La verdad escondida en los ojos»).

Cuando os decía que debíais subir a la montaña espiritual, os hablaba de la proyección del cono, el círculo con el punto en el centro. El cono representa una espiral de luz. Los pequeños conos de los ojos representan las posibilidades espirituales (contenidas en el cono simbólico), de ver las cosas desde arriba.

Todos los hombres llevan interiormente gafas, unas con cristales rojos, otras con cristales naranjas, otros con cristales amarillos, verdes... ¿Qué significa esto?

A los que llevan cristales rojos les gusta beber, comer, y vivir alegremente, y cuando han comido y bebido a placer, están prestos para guerrear.

Los que tienen cristales naranjos se ven impulsados al individualismo, al separatismo, y piensan que uno debe vivir para manifestarse como un ser independiente.

Los que llevan cristales amarillos son unos seres que estudian, que reflexionan, razonan, y que procuran resolver intelectualmente todos los problemas.

Los que llevan cristales verdes tienen tendencia a pensar que todo puede resolverse con la economía y las finanzas; son hombres de negocios.

Los que llevan cristales azules creen en la necesidad de una filosofía fundada en la religión; trabajan para que reine la paz entre los hombres, y les gusta la música, porque la música favorece la paz.

Los que llevan cristales índigos piensan que han sido escogidos por la Providencia para dirigir el mundo; son los reyes y los sacerdotes. El índigo es el color de la realeza y también del sacerdocio.

Los que llevan cristales violetas son los místicos que viven en la adoración del Señor, en la oración, la meditación y el ayuno.

Pueden mezclarse entre sí los 7 colores que producen así infinitos matices. Ya el rojo, por sí solo, posee 40000 matices...

Cada color concierne a un punto de vista, a un plano distinto. Pero nosotros debemos ser capaces de observar todos los aspectos de la naturaleza y de la vida; entonces estamos en el cono desarrollado: somos un ojo perfecto que puede ver claramente las cosas; nuestras gafas tienen cristales incoloros, puros, transparentes. Lo ideal es poseer todos los colores a la vez, como los poseen los conos de nuestros ojos, en lugar de no distinguir más que el gris, como los bastoncitos. Sabéis cuántas víctimas han ocasionado en el transcurso de los siglos los hombres que tenían puntos de vista demasiado limitados, es decir, que no distinguían más que un solo color. ¡Cuántos errores cometidos, tanto por los religiosos y los espiritualistas, como por los materialistas, por su falta de amplitud de miras!

El hombre debe liberarse de los conceptos limitados y colocarse por encima de las divergencias de opinión, es decir, mirar las cosas con cristales incoloros. Cristo dijo: «Bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán a Dios». Los corazones puros son también cristales incoloros. Esto es lo que nos enseña el cristalino de nuestro ojo. El cristalino no es ni amarillo, ni verde, ni azul; de no ser así, no podríamos ver el esplendor de la naturaleza.

«Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios» ... ¿Qué relación existe entre el corazón y el ojo? Con el corazón se produce el mismo fenómeno que con el cristalino: es necesaria una acomodación. Si el cristalino está aplanado, no se ve bien; y si el corazón está «aplanado», tampoco se ve bien. Cuando no se ama, no se ven las magníficas cualidades de los demás ni las bellezas de la naturaleza; y no solamente no se ven, sino que no se cesa de criticar y hasta de corregir al Ser que todo lo ha creado. ¡Cuántas veces nos quejamos de que la naturaleza y la vida no están bien hechas y que en el puesto del Señor las habríamos hecho de otra manera y mucho mejor! Sabed que con esta actitud deplorable jamás entraréis en el reino de los

misterios, pues, contrariamente a lo que en general se piensa, la naturaleza está construida de una manera perfectamente razonable y sensata.

Debéis buscar solamente las cualidades de los demás. Decidme el provecho que habéis obtenido hasta ahora señalando sus defectos... Debéis saber que si fijáis vuestro pensamiento en los defectos de los demás, no sólo los amplificáis en ellos, sino que los atraéis hacia vosotros. Muy pocas personas conocen la amplitud de los daños producidos por esta costumbre de mirar siempre el lado negativo de los seres y de las cosas, y especialmente los civilizados, que se imaginan que saber criticar es una gran cualidad. Muchas amistades y lazos se rompen por culpa de esta tendencia a encontrar defectos, a mirar sólo lo que es malo, vicioso, y a complacerse en hurgar en la vida de los demás para descubrirlo. El sabio procura ver los dos lados a la vez: el bien y el mal; así puede evitar ciertos inconvenientes, disminuir el lado negativo y reforzar el lado positivo, la naturaleza superior. No está ciego, no se deja engañar, pero considera que la parte esencial de los seres y de las cosas es el bien. Fijando su atención en el bien, atrae sus fuerzas y lo hace crecer en sí mismo y en los demás. Por eso todos los seres se sienten atraídos hacia semejante ser: sienten que a su lado nacen y crecen los gérmenes de la naturaleza divina.

Quizá sea un placer ver los defectos de los demás, pero este placer acarrea graves consecuencias. El que se deja arrastrar por él, es peligroso para los que le rodean, pero sobre todo para sí mismo: siempre está descontento, amplifica las menores imperfecciones, se subleva contra todo y contra todos. Pero si debe dar su opinión sobre lo que considera lo mejor, comprobáis que las soluciones que propone son peores que las que critica. Una historia búlgara cuenta que en un pasado lejano unos gitanos pidieron a Dios que suprimiese el invierno que les hacía sufrir mucho. Dios atendió esta petición... Al principio todo fue bien, los gitanos estaban muy contentos, pero he ahí que, en ausencia del frío, los insectos, al no morir, engordaron, proliferaron e hicieron tales destrozos que los desgraciados gitanos suplicaron a Dios que restableciese el invierno. Jean de La Fontaine también escribió una fábula en la que cuenta que un campesino encontraba que la naturaleza había hecho mal las cosas porque la encina, con su tronco poderoso, lleva bellotas muy pequeñas, mientras que a la enorme calabaza la sostiene un tallo muy fino. Pero un día le cayó una bellota en la cara y comprendió lo que le habría sucedido si hubiese

sido la calabaza la que le hubiese caído encima desde semejante altura; y admitió que la naturaleza era, verdaderamente, más sabia que él.

Debemos ascender a la montaña espiritual cuyo símbolo es el cono, a fin de aprender a mirar las cosas desde la cima. Sois, supongamos, un sabio profesor, y tenéis un hijo pequeñito que se ha subido casualmente a un árbol... De repente, grita: «Papá, papá, veo a dos personas en el camino de nuestra casa». Preguntáis: «¿Puedes reconocerles?» - «Sí, son mi tío y mi tía... traen regalos...» El hijo es más pequeño que vosotros y no tiene saber alguno, pero tiene la posibilidad de ver lo que vosotros no podéis ver desde el lugar en que os encontráis. ¿Qué significa esto? Que ciertos filósofos han adoptado un punto de vista tan negativo que no pueden ver ni comprender las cosas. Por el contrario, hay hombres sin instrucción que se encuentran situados en un punto desde el cual su vista puede descubrir las verdades escondidas a las miradas de los sabios. Se dice en los Evangelios: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los inteligentes, y las has revelado a los niños». ¿Por qué? Porque a los niños les gusta mucho subirse a las rocas, a los árboles... Se encuentran también hombres que no son sabios, pero que comprenden la verdad, que la sienten. Yo, por ejemplo, soy como un niño de 12 años, no tengo unas facultades intelectuales tan formidables como las vuestras, pero me han situado sobre una cima desde la que veo muchas cosas.

El punto de vista en el que nos situamos es a menudo más importante que la amplitud de nuestras capacidades. Si nuestro punto de vista es inferior, a pesar de nuestra inteligencia y de nuestro saber, no podremos observar correctamente las cosas para poder comprenderlas. En cambio, el punto de vista en el que se sitúan ciertos «ignorantes», les permite ver los milagros de la naturaleza. Verificad, pues, cuál es vuestro punto de vista. Un buen punto de vista vale más que todas las capacidades.

Referente a esto quisiera hablaros del peligro que representa el acostumbrarse a mirar todo lo que declina: el sol que se pone, las hojas que caen, etc. Se admira la puesta de sol diciendo: «¡Qué cuadro tan admirable!» pero se considera estúpido ir a contemplar cada día su salida. Y cuando las hojas caen en otoño, se encuentra también este espectáculo magníficamente melancólico, pero cuando llega la primavera, y la naturaleza se abre, no se sale para admirarla; muy pocos contemplan el nacimiento de los brotes. Esto significa que se busca a Dios durante la noche. La naturaleza tiene, en efecto,

días y noches; hasta mediodía, es el día de la naturaleza; después de mediodía, empieza la noche. Id a ver la naturaleza durante el día, cuando está presta a dar. Si queréis bañaros en una atmósfera pura y vivificante y recoger sus riquezas, salid por la mañana, lo antes posible. Por eso, en nuestra Enseñanza, tenemos la costumbre, en primavera, de asistir a la salida del sol.

Digamos ahora unas palabras sobre los oídos:

Los oídos representan la sabiduría, y son pasivos, contrariamente a los ojos y a la boca que son, alternativamente, activos y pasivos. Conocéis la actividad de la boca (de la lengua, sobre todo); en cuanto a los ojos, pueden también ser a veces muy activos para seducir o para fulminar a alguien. Los oídos nunca son activos, salvo en la atención, y aún en este caso, su actividad se ejerce bajo una forma pasiva, puesto que sólo reciben sonidos.

Yo he visto personas que venían a ver al Maestro y que, en vez de escucharle y de instruirse junto a él, alardeaban de sus conocimientos citando los numerosos libros que habían leído. El Maestro los escuchaba siempre con una paciencia sorprendente y sonreía dulcemente; en ciertos casos no tenía siquiera la posibilidad de decir una sola palabra. Después de algún tiempo estas personas terminaban por comprender que sólo ellas hablaban y que si continuaban así no aprenderían verdaderamente nada; entonces, por fin, se callaban para dejar hablar al Maestro. Y entonces se asombraban de aprender más en unos minutos junto a él que durante varios años de estudios, simplemente porque se habían puesto en un estado de receptividad que les permitía recibir lo que emanaba del Maestro.

El discípulo debe aprender cómo entrar en este estado que llamamos «pasivo», pero que no debe en absoluto confundirse con la pereza y la inercia. Este estado sólo es pasivo en apariencia; en realidad, es el más activo que existe. Muy pocas personas pueden entrar en este estado; para llegar a él, es necesaria toda una disciplina y conocimientos psicológicos. Los que saben producir este estado en sí mismos, pueden incluso en medio de los grandes estrépitos de la existencia, oír la voz de su alma que no es otra que la voz de Dios.

El estado pasivo puede ser para nosotros nocivo o benéfico, ello depende de las condiciones en las que estemos situados y de las influencias que nos rodeen. Este estado nos permite atraer, recoger y absorber las buenas o malas influencias del medio, mientras que el estado de actividad nos hace

proyectar, irradiar, influir en este medio. Así pues, según las circunstancias, debemos ser activos y emisivos, o receptivos. Suponed que os encontráis situados en un medio en el que se ejercen influencias malélicas: debéis ser emisivos, positivos, para no permitir que estas influencias penetren en vosotros. Al contrario, si las influencias son benéficas, propicias, debéis volveros receptivos, de lo contrario, no recibiréis nada. Ante un criminal, ante un malvado, debéis mostraros activos, positivos, emisivos, pero ante un ser puro, noble y bueno, ante un Iniciado, debéis ser receptivos. Desgraciadamente, con frecuencia hacéis lo contrario, y luego os extrañáis de experimentar en vosotros tantos trastornos.

El órgano de Corti nos muestra que para oír y comprender a los demás, debemos saber responder a las vibraciones, a los sentimientos y a los pensamientos que envían, es decir, vibrar en resonancia con ellos. Si no sabemos vibrar en resonancia con los grandes Maestros, no podremos comprenderles. Vibraremos como ellos si podemos dejar libres las cuerdas cortas de nuestra alma, y entonces seremos capaces de captar las vibraciones más sutiles del universo. El que sabe escuchar así, oye, profundiza, y se acerca a los elementos más sutiles que vibran en la creación.

La sabiduría consiste en saber escuchar la voz dulcísima que habla en nosotros. Sabemos escuchar muy bien la estruendos a voz del estómago que grita su hambre, o del sexo que reclama una víctima; pero cuando una vocecita nos dice: «¡No hagas esto!...», Responderéis, «Sí, ¡cállate!» Entonces viene el tercer profesor... El primer profesor, el Sol, nos instruye a través de los ojos, nos muestra la verdad para impresionar nuestra inteligencia; pero nosotros decimos: «¿Quién sabe si esto es realmente la verdad? Puede que no sea más que su apariencia...» y continuamos viviendo como antes. El segundo profesor, Venus, el amor, viene para conmover nuestro corazón, pero tampoco le comprendemos. En cuanto al tercer profesor, le conocemos todos, es Saturno: viene armado con un gran palo, (¡con una viga!) para darnos unas lecciones. Todas las lecciones de la vida representan al tercer profesor. El que comprende y escucha la sabiduría directamente, no tiene necesidad de sufrir, pero el que no escucha tiene necesidad de que vengan a tirarle de las orejas. Y, justamente, ¿por qué se habla de «tirar de las orejas» a alguien que no es razonable? ¿De dónde viene esta expresión? Para evitar los sufrimientos, las penas y la desgracia que trae siempre el tercer instructor, no hay otro medio que el de tirarse a sí mismo de las orejas, cada día, diciendo: «¡Escucha bien!»

Así, poco a poco, seremos más sensatos. Pensaréis que esto es infantil. No lo es.

El tercer instructor va a venir ahora a la tierra, y todo el mundo verá que es severo, implacable: produce sacudidas, pisotea a los orgullosos y hace que se desplomen gigantescas construcciones que se creían sólidas, trastorna las creencias y las opiniones más arraigadas. Las epidemias, las guerras, las hambres, las enfermedades representan también al tercer instructor. En realidad, no es malo, y hasta tiene una idea magnífica en la cabeza: conducir a los hijos rebeldes hacia una comprensión positiva, hacia el Padre celestial, hacia Su sabiduría y Su amor. Con frecuencia, todas las advertencias de los Iniciados, todos los buenos consejos de los sabios no sirven de nada, pero cuando llega el tercer instructor con sus palos, los niños empiezan a comprender.

El mundo invisible ha enviado ya a los hombres muchos Maestros e Iniciados a fin de instruidles, pero todos dicen: «Excusadme, estoy ocupado, no tengo tiempo de escucharos... Tengo mujer, hijos, asuntos urgentes...» Exactamente como en la parábola de ese rico que, queriendo dar un festín, envió a sus servidores a invitar a todos sus amigos. El primero dijo: «Acabo de comprar un par de bueyes, debo probarlos en mi campo...» El segundo dijo: «He encontrado una mujer bonita y debo casarme hoy». Todos estaban muy ocupados en cosas importantes en apariencia, pero, en realidad, inútiles o secundarias. Vosotros también estáis a menudo ocupados en futilidades que os impiden escuchar lo que un Iniciado os enseña.

Escuchad ahora unas páginas de nuestra historia búlgara. En el transcurso de los siglos, el Cielo ha enviado Iniciados a Bulgaria. Hace nueve siglos, fueron los Bogomilos, pero no los escucharon, los expulsaron, los persiguieron y exterminaron. Bulgaria fue terriblemente castigada, ya que estos Iniciados representaban las lámparas de nuestro país, y quisieron apagarlas. Los ladrones no entran donde hay luz, porque tienen miedo de ser vistos. Para introducirse en la casa esperan a que todo esté apagado y a que los habitantes duerman. Lo mismo sucede en un país y en el propio hombre. Si apagáis las lámparas que hay en vosotros mismos (es decir, las virtudes), todos los ladrones acudirán interiormente y os atarán, es decir, que vuestra libertad y todo lo que poseéis de precioso os será quitado. Los ladrones son las enfermedades, los sufrimientos, los pensamientos negativos, las penas, etc. Únicamente la luz puede protegeros, ya que ella es el verdadero guardián:

nadie puede acercarse sin ser visto ... Así pues, después de haber expulsado a los Bogomilos y apagado sus propias lámparas, Bulgaria fue víctima de los ladrones y, durante cinco siglos vivió bajo la dominación de los turcos; hubo miles y miles de cabezas cortadas y de hombres colgados. Al fin, el mundo invisible dijo: «Devolvamos su libertad a Bulgaria...» A todos los pueblos, en ciertos momentos de su historia, se les han enviado seres que han predicado la enseñanza del amor y de la luz, pero los hombres no los han escuchado y las catástrofes se han abatido sobre ellos. Debemos saberlo, cualquiera que sea el lugar en donde apaguemos la luz, en nosotros, en nuestro organismo, en nuestro país, vendrán los ladrones.

Me han hecho una pregunta antes de la conferencia: «¿Cómo podemos desarrollar la clarividencia?»

La verdadera clarividencia consiste en ser capaz de ver a Dios en toda la naturaleza, de ver la sabiduría, la razón y todo lo que es superior. Algunos individuos, e incluso ciertos sabios, se han quejado de haber buscado a Dios en todas partes sin haber podido encontrarle. Evidentemente, si esperaban encontrarle como persona, no era posible que le encontrasen. Dios es la verdad, la sabiduría, el amor, la belleza, y nosotros podemos verle si nuestros ojos no están cerrados, si no están cegados por vigas. Si buscamos durante la noche, siempre tendremos vigas en los ojos; es necesario que tengamos conos, y no solamente en los ojos sino en el alma.

En Bulgaria, había una clarividente llamada Cortez; conocía al Maestro, y era una clarividente absolutamente notable que sabía ver el pasado y el futuro. A veces paraba por la calle a un transeúnte, le hablaba y le corregía. Siempre había una multitud a su alrededor. En esa época, yo era aún demasiado joven para comprender, pero mi madre asistió a cantidad de escenas semejantes a la que os voy a contar. Un día, Cortez para a un hombre que caminaba con dos niños: «Espera, le dice, ¿son tus hijos?, ¿verdad? - Sí. - Pero ¿sabes por qué son mudos? - No, dice el hombre, no lo sé. - Pues bien, yo lo sé. Antes del nacimiento de estos niños, has cometido crímenes, has robado. Un día hurtaste unas ovejas; para llevártelas, debías pasar por un lugar donde deseabas que no fuesen oídas, y como tenías miedo de sus balidos, les cortaste la lengua. Por eso los niños nacieron mudos. Tú, ahora, debes reparar, y rogar al Cielo que te perdone». Y la clarividente explicó al hombre que debía comprar bueyes y darlos a quien había robado antaño, y que, si no lo hacía,

sería aún castigado. El hombre siguió el consejo de la clarividente y sus hijos recobraron la palabra.

Podemos desarrollar la clarividencia, pero no antes de haber adquirido la pureza. Cristo dijo: «Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios». El que no es puro puede llegar a ser clarividente, pero no verá el mundo divino; verá monstruos a su alrededor y en los demás, verá que los hombres son, a menudo, falsos amigos, que la traición y la mentira están escondidas en el fondo de su corazón, verá las catástrofes que se preparan. Dicho de otra manera, no podrá ver más que lo que está al nivel que él mismo ha alcanzado, y poco más. Por eso el mejor método para obtener la clarividencia es el de desarrollar en sí el amor espiritual y la pureza. Bien sé que se enseñan muchos otros métodos: mirar en los cristales y en los espejos mágicos, utilizar ciertas plantas difundidas en México o en otras partes, hacerse hipnotizar, etc., pero todos estos métodos son malos o peligrosos y no os los aconsejo. ¿Por qué se quieren siempre adquirir grandes poderes mágicos y facultades de adivinación, cuando se es aún débil, colérico, celoso, avaro, pasional o codicioso? A los seres del mundo invisible no les gusta ser observados ni molestados en sus trabajos por intrusos que no son dignos de ellos. Algunos quieren a los hombres y les acogen favorablemente, pero los demás les son hostiles y persiguen a los que quieren entrar por la fuerza en su región por razones más o menos turbias. Los intrusos se atraen siempre la animosidad de los seres del mundo invisible.

Por haber querido ganar dinero o tener la gloria de pasar por un clarividente, un iniciado o un mago, muchos ocultistas terminan su vida de forma lamentable, ya que no saben defenderse contra los ataques de los seres a quienes han irritado por su intrusión en el más allá. Estos ataques toman al principio la forma de deseos antinaturales o perversos, y después otras formas que pueden llegar hasta la locura. Los seres de lo invisible han ocasionado ya muchas víctimas. Se han difundido demasiado los libros de literatura oculta en el mundo, y esto es muy grave porque así se alimenta a las entidades inferiores y se dan armas a los hombres para dominar a los demás. Esta literatura ha divulgado los medios y los métodos para penetrar en las regiones desconocidas y entrar en comunicación con sus habitantes, y ha atraído así sobre sus adeptos desgracias de todo tipo. En los anales de la ciencia esotérica se dice que varias humanidades han desaparecido ya a causa de las prácticas diabólicas, de la magia negra. Una catástrofe idéntica se prepara aún para la

tierra a causa de los móviles inferiores que animan a los hombres. El destino de la Atlántida se repetirá en nuestros días, pero bajo otra forma. El agua fue lo que antaño hizo perecer a este continente; ahora será el fuego, bajo sus diferentes formas, el que será el ejecutor. En vez de instruir a los hombres en los métodos del pasado, hay que conducirles ahora hacia una comprensión y unos métodos nuevos. No despertéis antiguas imágenes, no levantéis el viejo polvo del mundo subterráneo, si no, pondréis en acción poderes dormidos que producirán las mismas catástrofes que provocaron en el pasado. Haciendo excavaciones arqueológicas en las tumbas, escribiendo volúmenes y volúmenes sobre la ciencia prodigiosa del pasado, molestando a las arañas y a los escorpiones en las criptas, no se dará una nueva cultura a la humanidad. La ignorancia de los investigadores sobre estas cuestiones hace que desencadenen sin saberlo unas fuerzas fluídicas de una potencia formidable. Una vez liberadas, estas fuerzas se propagan, entran en los cerebros y en los espíritus débiles, les hacen revivir en el pasado y repetir las faltas que entonces se cometieron. Yo no soy hostil a las investigaciones científicas, pero las investigaciones de los arqueólogos no pueden enseñaros gran cosa. Existen otros métodos para conocer el espíritu de las civilizaciones antiguas desaparecidas que los de estudiarlas en sus escombros, en sus restos dispersos. Pero los hombres que ignoran estos métodos se ven obligados a recurrir a unos medios imperfectos, y estos medios, en vez de informarles correctamente, les extravían aún más. Existe un mundo subterráneo en el que se conserva toda la ciencia desde tiempos inmemoriales; todos los archivos de la humanidad se encuentran allí, y los verdaderos discípulos no tienen necesidad de ir a excavar los escombros para conocer el pasado de los hombres.

Un verdadero Maestro dirá: «¡Dejad de lado todo lo que está ya muerto, polvoriento, enmohecido, enterrado! Tomad lo que es vivo, luminoso...» Cada día el sol es distinto, la naturaleza es nueva. Todo lo que está ya en ruina prueba, por su mismo estado, que no contiene la verdad. Lo que es verídico no puede ser destruido y el tiempo no puede nada contra él. Los siglos, los milenios, no hacen ninguna mella sobre lo que es eterno y que nosotros buscamos. Lo que es verídico existe delante nuestro, a nuestro alrededor, en nosotros. Si comprendemos las nuevas corrientes que se manifiestan cada día en el mundo y que nos vivifican, abandonaremos numerosas ilusiones presuntamente científicas.

Pero, volviendo a la adquisición de la clarividencia, os lo repito, es más razonable trabajar primero sobre uno mismo y purificarse, porque cuando estemos transformados, por sí misma y a pesar nuestro, aparecerá la clarividencia total... Cuando Dios da, da abundantemente.

Se cuenta que un Maestro tenía un discípulo deseoso de aprender la primera lección de la Iniciación. El Maestro le dijo: «Ve a un cementerio e injuria a los muertos: diles que son estúpidos, malos, etc., y después ven a decirme lo que te han respondido». El discípulo fue al cementerio e injurió a los muertos, pero éstos permanecieron mudos. Volvió entonces hacia su Maestro y le dijo que los muertos no habían respondido. «Quizá, dijo el Maestro, no supiste hacerte oír. Vuelve allí, pero esta vez diles todo lo contrario, ¡adúlales, hazles cumplidos!». El discípulo volvió, pues, al cementerio, pero, aun ante los más grandes elogios, los muertos permanecieron mudos. «Aún no me han respondido nada, dijo el discípulo a su vuelta. - Muy bien, respondió el Maestro, ahora has comprendido la primera lección de la Iniciación: cuando te insulten, cállate; y cuando te adulen, cállate también. Sé como los muertos, permanece sordo y mudo.» He ahí una gran lección.

El sábado último, cuando os hablé de la boca, os dije que las hojas de los árboles poseían también unas bocas diminutas, las estomas, gracias a las cuales se realizan los intercambios con el medio exterior. Gracias a la clorofila, a la xantofila y al caroteno contenido en las hojas, bajo la acción de la luz, la savia bruta que asciende de las raíces se transforma en savia elaborada. Esto es también lo que ocurre en nuestra boca, en donde unas glándulas segregan sustancias comparables a la clorofila, a la xantofila y al caroteno. Cuando comemos en la luz y el calor, es decir, cuando dirigimos nuestros pensamientos y nuestro amor sobre el alimento que estamos comiendo, éste se transforma; mientras que, si masticamos sin pensar en lo que hacemos, sin amor para con el Creador que nos ha dado este alimento, no se produce ninguna modificación espiritual, y sólo absorbemos la materia bruta y químicamente preparada. Si coméis como todo el mundo, en medio del ruido, el desorden y la agitación, no conocéis más que los procesos físicos y químicos de la nutrición. Mientras que, si coméis en silencio, con amor y agradecimiento, entráis ya en el campo de la alquimia, de la sublimación.

Esto sucede con todas las cosas de la vida, hasta en el trabajo, en los estudios. Si no prestamos atención, si no amamos lo que aprendemos, nuestro

estudio no nos será de gran provecho. Supongamos, ahora, que la vida nos presenta a un ser que nos irrita (desde el punto de vista espiritual, es una materia bruta); nos quejamos de él, nuestra boca, simbólicamente hablando, no puede absorberle; pero si tenemos en nosotros este calor que es el amor y esta fuerza que es la luz, nuestras glándulas espirituales funcionarán, y este hombre acabará por sernos soportable y ya no perturbará nuestro estado psíquico. Mientras que si persistimos en querer digerirlo sin la luz y sin el calor, nos debilitará, nos agotará. Con el calor y la luz, podemos cambiar todo lo que nos llega en estado bruto, sea alimento, seres humanos, influencias, objetos, etc. En tanto no estemos llenos de luz y de calor, nuestra boca espiritual encontrará estos cuerpos brutos detestables, pero gracias al calor y a la luz podremos transformarlos.

Cuando observamos la naturaleza, vemos que las plantas se comen a los minerales, que los animales se comen a las plantas, que los hombres se comen a los animales... Entonces se nos plantea una pregunta: ¿por quién son comidos los hombres? Los hombres son el alimento de los ángeles. Sí, quizá nunca hayáis pensado en esto. Desde luego, nosotros no somos verdaderamente comidos por los ángeles, sino que se alimentan de nuestros frutos, es decir de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos, exactamente de la misma forma que nosotros comemos los productos de los animales: leche, miel, huevos, mantequilla ... Pero si no les preparamos los alimentos convenientes, no vienen ya hacia nosotros para alimentarse, e incluso, si nuestros frutos son malos, son otros ángeles, los ángeles del mal, los que vienen a sustentarse con nosotros.

Cuando Cristo anunció los terribles acontecimientos que iban a producirse, uno de sus discípulos le pidió dónde se producirían, y Cristo respondió: «Donde estén las carroñas estarán también los buitres». Es exactamente la ley de la que acabo de hablaros. Si tenéis en vosotros carroñas (sentimientos en putrefacción, pensamientos en estado de descomposición) serán alimento para los buitres, para los seres inferiores del invisible. «Pero, diréis, ¿cómo sentirán estos seres inferiores estos sentimientos y estos pensamientos?» Cuando hay miel en vuestra habitación, ¿cómo hacen las hormigas para saberlo y venir a comerla? ¿Cómo la han detectado? Las hormigas poseen antenas, ellas son las primeras inventoras de los aparatos de TSF (telegrafía sin hilos). Las hormigas proceden del planeta Venus, como las abejas, y son excepcionales en la naturaleza... Pero si vuestra casa está llena

de hormigas, no os atormentéis, porque a pesar de su pequeñez, inspiran el mayor terror a las serpientes. Así que, donde hay hormigas, no hay serpientes. Si poseemos hormigas en nosotros, las serpientes huirán ante ellas. Si podéis interpretar este símbolo, me alegraré por vosotros.

A las abejas les gustan mucho las flores; las abejas representan a los buenos discípulos ocupados en preparar el néctar para los ángeles que vienen a visitar nuestra alma y a recolectar el alimento, que nosotros preparamos, para transformarlo en miel. Dios dice que las oraciones de los santos suben hacia Él como un perfume. Este perfume es un alimento para el Señor. Por el momento no podéis comprender muy bien esto, pero más tarde comprenderéis que todo en el universo está sutilmente ligado.

Os diré todavía unas palabras sobre los ojos, los oídos y la boca. Recibimos la luz por los ojos y el sonido por los oídos. ¡Qué extraordinaria relación existe entre los ojos y los oídos! Si estudiáis cómo se propaga la luz en el universo, constatáis que atraviesa libremente el vacío, que atraviesa con menor facilidad el aire, aún menos fácilmente el agua, en la que se ve obligada a refractarse y sobre la que se refleja parcialmente, y con mayor dificultad los sólidos. Para el sonido ocurre al revés: no se propaga en absoluto en el vacío, se propaga un poco en el aire; más en el agua, y donde se propaga mejor es a través de los sólidos. Así pues, en lo que concierne a los medios de propagación, la luz es lo inverso del sonido. La luz desciende de las regiones sutiles hacia las regiones cada vez más densas hasta alcanzar la materia sólida. En este recorrido avanza cada vez más difícilmente. Por el contrario, el sonido parte de la materia y se eleva disminuyendo de intensidad hasta perderse en el vacío.

Antes que el sonido (la palabra), que es poderoso en el mundo de la materia, existía la luz, que es poderosa en el mundo del espíritu. Por eso los oídos y los ojos están contruidos según leyes diferentes, relativas la una a la sabiduría y la otra a la verdad. La luz ilumina las formas y los colores que revelan la belleza, y la belleza es la expresión de la verdad que ha formado los ojos. El sonido (la palabra) está ligado al oído, el oído a la sabiduría y la sabiduría a la boca, puesto que es la boca la que pronuncia las palabras. Boca, oídos y ojos forman un triángulo. Múltiples combinaciones son posibles entre ellos. Los ojos contemplan, los oídos oyen, y la boca cuenta lo que los ojos han visto y lo que los oídos han oído. Aquí está escondido el secreto de las relaciones íntimas entre las tres virtudes: el amor, la sabiduría y la verdad.

Ahora, os daré para hacer el ejercicio siguiente. Cuando os despertáis por la mañana, debéis inmediatamente abrir los ojos conscientemente y mirar hacia el ojo interior, y después escuchar aquello que habla en vosotros. Oiréis entonces el programa del día que empieza. Vuestra boca debe igualmente participar en este ejercicio con el fin de que los tres vértices del triángulo entren en acción, y debéis pronunciar la frase siguiente: «Te agradezco, Dios mío, el que hoy me encuentre fuerte y saludable. ¡Bendice mi jornada! Ayúdame para que pueda cumplir Tu voluntad».

Normalmente las primeras palabras pronunciadas al despertar son quejas. El marido dice a la mujer: «¿Dónde has puesto mi camisa? ¿Dónde están mis calzoncillos y mis gemelos? ¿Por qué no me has traído aún el café?» Al despertar se empieza a gruñir, lo cual es una costumbre muy mala.

Una vez había un rey que tenía dos hijas. La primera era extremadamente fea, pero tenía el don de la palabra y sabía expresar cosas magníficas y deliciosas; la segunda era sumamente bonita, pero tenía una lengua virulenta y vejaba sin cesar a todo el mundo. Su padre estaba en una situación muy difícil y ante los reyes, sus vecinos, sentía cierta vergüenza de tener semejantes hijas. Se preguntaba, naturalmente, cómo podría casarlas. Un día, consultó a un sabio sobre este asunto. «Majestad, dijo el sabio, envía mañana un mensajero a la ciudad con la orden de traerte a los dos primeros hombres que encuentre. Casarás a estos hombres con tus hijas.» Al día siguiente, como le había dicho el sabio, el rey envió un mensajero que detuvo a los dos primeros transeúntes que encontró. Cuando los llevó a palacio, el rey quedó muy perplejo, ya que uno era ciego y el otro sordo. Consultó de nuevo al sabio que le dijo: «Pero, si es perfecto: casa al ciego con la fea y al sordo con la bonita». Así se hizo. El ciego, que escuchaba con arrobamiento las bellas palabras que pronunciaba su esposa, se quejaba de no ver la hermosura de su rostro que lo imaginaba tan agradable como sus palabras. En cuanto al sordo, que admiraba el hermoso rostro de su mujer, se lamentaba de no oír las suaves palabras que, sin duda, pronunciaba, pero... ¿Qué habría ocurrido si el ciego hubiera podido ver y el sordo oír?

Por fortuna, a veces somos un poco miopes o duros de oído cuando estamos frente a cosas desagradables. Por lo demás, en general, a los hombres no les gusta la verdad. El marido dice a su mujer: «Dime que me amas... Bien sé que es falso, pero dímelo a pesar de todo, ya que me es agradable al oído». También dice: «No eres muy bonita, lo sé, pero píntate un poco la cara porque

me alegra la vista». No, a los hombres no les gusta la verdad. Sin embargo, cuando vemos nuestros ojos en un espejo, debemos dar gracias y ponernos, inmediatamente, en relación con la verdad. Cuando escuchamos con nuestros oídos, debemos ponernos, inmediatamente, en relación con la sabiduría. Y cuando saboreamos con la boca, debemos ponernos en relación con el amor. Así realizamos un triángulo viviente. Los sabios pueden conocer según este triángulo: según la forma de nuestra boca, de nuestros oídos y de nuestros ojos, según su tamaño, según su posición con relación a la posición normal, el sabio puede exactamente conocer nuestras relaciones con el amor, la sabiduría y la verdad.

Sabemos que tenemos dos ojos, dos oídos, una boca, pero en realidad, tenemos tres ojos, tres oídos y tres bocas. El tercer ojo, el ojo místico, está situado en el centro de la frente; el tercer oído está situado en la garganta; la segunda boca se encuentra en lo alto de la cabeza y es el chakra de los mil pétalos. Con esta boca superior podemos hablar y comer en las regiones espirituales; éste es el centro que absorbe, que reza, y que se alimenta del mundo divino. No os hablaré hoy de la tercera boca... Nuestro planeta posee órganos semejantes a los nuestros. Su boca superior son las altas montañas. La tierra está en comunicación con el cielo a través de sus cimas más elevadas.

Pongámonos en relación con el amor, la sabiduría y la verdad.

Con la boca saborearemos el amor divino,

Con los oídos escucharemos la sabiduría divina,

Con los ojos veremos la verdad divina.



[www.laenseñanza.org](http://www.laenseñanza.org)